

vero del cielo!... ¡Oh! esta era para Pedro una idea espantosa, terrible, aterradora; esto era el colmo de la ingratitude, de la perfidia, de la infamia: es verdad! Pero ¿y la vida? esa vida tan amada de Pedro, esa vida que peligraba tan ostensiblemente, si por acaso hacia la confesion de Cristo, esa vida una, única, que Pedro iba á perder y que no volveria á recobrar por nunca jamás?...

Cruel era la lucha del apóstol, y tan cruel como rápida. Nació y terminó en un momento, y sin embargo se necesitarian grandes volúmenes para describirla. El rayo apenas lograria encontrar espacio en el firmamento para relatarla á la creacion.

Viendo el aturdimiento de Pedro, la criada cobró nuevos bríos, y las miradas de los verdugos fueron tomando un aire más pavoroso y amenazador.

Animada, como hemos dicho, la esclava, por la confusion en que Pedro se hallaba, insistió preguntándole con empeño mujeril:

— Parece que mis palabras te han sorprendido. Cuando yo me negaba á darte paso, ya sabia lo que hacia, y cuando yo te miraba como se mira á un sospechoso, bien me decia el corazon lo que eres, aun cuando no se me quisiera creer.

Al decir esto volvióse satisfecha al herodiano, á quien antes hiciera participante de sus temores, como queriendo volver por su honra. El herodiano, leyendo en el ademan de la esclava lo que esta le queria significar, se puso á reir.

Mientras tanto la criada proseguia interrogando al confundido Pedro, y aumentando mas y mas el diapason de su voz:

— Pero bien, dime ya de una vez; ¿eres ó no de los del Nazareno?

Y sin dar tiempo siquiera á Pedro para contestarla, añadió luego despues, ora dirigiéndose con ademan amenazador al apóstol, ora con ademan provocador á los verdugos:

— Pero ¿á qué pierdo el tiempo preguntándote? ¿Acaso tu misma confusion no revela tu crimen bien á las claras? ¿Acaso no llevas escrito en la palidez de tu rostro y en el temor que te agita, que eres de la compañía del sedicioso, y que conociendo sus planes, vienes aquí á espiar para ponerlos mañana en planta?

La terrible ocasion habia llegado para el apóstol. Necesario era contestar; necesario era ya probar su amor á Jesucristo por medio de una franca confesion, ó demostrar á los cielos y á la tierra lo que puede el miedo, hasta en los hombres mas favorecidos de los dones celestiales.

Pero vaciló un momento: ¡momento supremo, y que tantas lágrimas iba á costarle! La débil caña de su curiosidad intempestiva, no tuvo resistencia para sostener su cuerpo, y dió con él en tierra... Pedro, vencido por un desordenado amor á la vida; Pedro, decidido á vivir con el peso de su falta, dijo con balbuciente labio, y sin osar poner los ojos en la mujercilla, que en tal apuro le acababa de poner.

— ¡Mujer! No sé de quién me hablas.

— ¡Linda contestacion! ¿No sabes que arriba está el que llamabas tu Maestro, á quien los jueces van á castigar por sus enormes crímenes, con una sentencia de muerte?

— ¡Te digo en verdad que no conozco á ese hombre!

Pedro no solo negó al que iba á dar la vida para salvarle, sino que sabiendo que los sectarios llamaban á Jesús *ese hombre* por desprecio, añadió el desprecio á su negacion, para dar á esta mayores fuerzas y visos de verdad. Es cierto que su pecado le aterrorizara hasta el es-

tremo de hacerle hundir instintivamente la cabeza entre los hombros, á guisa del que espera un golpe inevitable, pero tambien es cierto que á pesar de todo, Pedro se hallaba resuelto á confirmar la negacion que acababa de proferir.

Viendo la criada aquella demostracion de pavor en Pedro, léjos de darse por vencida y convencida con la negacion del débil apóstol, prosiguió preguntándole con mas empeño :

—¿Tú no conoces á ese criminal que se hacia pasar por el Hijo de Dios, y á quien están juzgando ahora severamente?

—Tanto no le conozco, tan estrañas me parecen tus preguntas, que ignoro lo que quieres significar con ellas.

La negacion primera habia dado aliento y fuerzas al débil apóstol para mentir con mas aplomo. ¡Triste y desgraciado apego á la vida el que los hombres tenemos agarrado al corazon! No vacilamos como Pedro en negar á Dios, para conservarnos en el pleno goce de una existencia de la cual ignoramos si nos queda un momento siquiera, y aun este momento no sabemos si será recargado de dolorosos remordimientos!

La criada, viendo que Pedro se serenaba un poco, temió que sus suposiciones se dieran por aventuradas; temió que se atribuyesen á un capricho y á un empeño mujeril, del todo injusto, inmotivado del todo, y esforzándose por no perder el concepto favorable, que á su juicio mereciera hasta entonces de los asesinos que la rodeaban, continuó preguntando al malaventurado apóstol:

—Pues entonces, si no conoces á *ese hombre*, ¿por qué demuestras tanto temor y espanto?

—Yo soy un lugareño que he venido á celebrar la Pas-

cua; acostumbrado á no tratar con nadie mas que con los rústicos campesinos, no es estraño que me haya aturdido viendo la manera como me recibias, observando tus miradas recelosas, y oyendo por fin las acriminaciones que acabas de dirigirme.

—Entonces ¿por qué has venido aquí?— insistió la criada, considerándose derrotada por la respuesta falsa del desdichado apóstol.

—Juan me ha conducido, diciéndome que podía acompañarle, porque él era amigo del pontífice.

El nombre de Juan hizo entre aquellos malvados el efecto que Pedro no esperaba. Se recordará que el secretario del Sanhedrin se llamaba Juan, y no estrañarán nuestros lectores que los verdugos de Cristo no conocieran al personaje que Pedro quiso significar, y por ende que lo tomaran por uno de los mas adictos y decididos instrumentos de los pontífices.

Aquel nombre, pues, tranquilizó á los verdugos, y el herodiano, riéndose de la esclava le dijo:

—Si Juan le ha introducido, no busquemos otra ejecutoria de la bondad de ese campesino. ¡Déjale, mujer, déjale!...

La esclava mordióse los labios con despecho, y viéndose obligada á callar, sintió que lo que antes era en su corazon un mujeril empeño, acababa de convertirse en odio á Pedro, y en vehementes deseos de que se le castigara.

Así es que acercándose al débil anciano, le dijo con tenacidad y rabieta de mujer sin educacion, llena de despecho:

—¡Tú eres de los del Nazareno; sí, sí, sí!...

—Te equivocas. ¡No conozco á *ese hombre*!

Los verdugos al ver el despecho de la esclava se pusie-

ron á reir, dando grandes carcajadas, y ella se ausentó llena de ira y coraje...

Pedro sonreía vergonzosamente tambien, cuando vino á apagar su sonrisa una voz seca, estentórea, ardiente y disonante que resonaba allá léjos, y que venia á interrumpir el silencio de la noche, como si fuese un grito fatídico proferido por un fantasma perseguido, á quien otros fantasmas amenazan destrozar.

El débil apóstol palideció de repente al oír aquella voz estraña y disonante, y se encogió amedrentado y trémulo, como si esperara el castigo del cielo, y el canto del gallo le anunciase este castigo.

Aquella voz era la del gallo, que le profetizara el Salvador; voz estraña, que oída en la quietud de la noche, parece el grito fatídico de algun espíritu del mal, llamando á sus compañeros para destruir la máquina del mundo, ó para reunirse á fin de ir á llenar de terror el sueño pacífico de los mortales con visiones espantosas.

¡Ah! aquella voz recordó al discípulo las palabras de su divino Maestro; aquella voz decia á Pedro: *¡Antes que el gallo cante dos veces, tú me negarás tres!*... Esto decia á Pedro aquella voz, y por mas que se lo decia, el débil anciano continuaba en el palacio del inicuo pontífice! Verdad es que tembloroso se apartara del brasero; verdad es que vagaba por los pórticos del patio, como alma en pena, perseguido por la memoria de sus pecados, pero tambien es verdad que Pedro no salia de allí; tambien es verdad que á pesar de su pecado y de su miedo, la curiosidad continuaba hostigándole, y reteniéndole en aquel sitio de infamia. Y la curiosidad venció.

Hemos dicho que la voz del gallo resonaba *allá léjos*, y

lo hemos dicho de intento, porque acerca del particular habia en Jerusalem una prescripcion, que no dejará de gustar á nuestros lectores si se la refiramos. Al efecto, tiempo nos darán Pedro, los verdugos y la esclava, toda vez que hasta una hora mas tarde no entra de nuevo en escena el débil apóstol de Jesús.

No desperdiciemos, pues, estos momentos de pausa, y ocupémonos en pocas palabras de la prescripcion hebrea referente á las aves de corral, solo en lo que concierne á la ciudad y recinto de Jerusalem.

Por una antigua ley, los gallos, las gallinas, los pavos, y en una palabra, las aves todas de corral, estaban desterradas del recinto de la ciudad santa, y esta ley que chocará á muchos de nuestros lectores, demuestra bien á las claras con cuánta cautela procedian los judíos en todo lo que concernia á su religion.

Pero ya nos parece oír á nuestros lectores, que nos preguntan lo que podia tener de comun la religion hebrea, por entonces la única verdadera, con las indicadas aves de corral, á cuya pregunta vamos á contestarles en pocas palabras.

Es sabido que las aves de corral buscan su sustento en los estercoleros, para nutrirse de gusanos y demás animales asquerosos que se crian entre la basura, animales y gusanos que por las remociones continuas hechas en el estiércol por las indicadas aves de corral, salen á la superficie, y de allí pueden estenderse hasta invadir la habitacion del hombre.

Los gusanos y demás animales inmundos que se crian en los estercoleros eran considerados por la ley de los israelitas como impuros, y de consiguiente trasmitian su impureza á todas las cosas que tocaban. Bajo este supuesto, si uno

de dichos gusanos llegara á tocar las ofrendas que se dedicaban al Señor, ó cualquier otra cosa consagrada á Dios, dicho objeto quedaba manchado, y por ende inservible y profanado.

Esta, pues, era la base de la ley que hemos dicho proscribía de Jerusalem á los gallos y cualquier otra ave de corral, y esta era la relacion que con el culto hebreo tenia el animal, cuyo canto sorprendió á Pedro en sus negaciones. Esta esplicacion dará además á nuestros lectores un nuevo dato, para que puedan apreciar justamente con cuánta cautela se procedía entre los israelitas, en todo lo que tenia relacion mas ó menos directa con la religion que profesaban; cautela que, aun cuando lo parezca, nada tiene de nímia y pueril, porque no hay puerilidad en nada de lo que se refiere al culto y servicio de Dios. Cuanta mas importancia se da á las grandes cosas, mas afectan el corazon y el entendimiento; los mas minuciosos detalles son pliegues del vestido de la majestad de que se hallan revestidas, pliegues que acaban de completar la perfeccion del conjunto.

Si se nos pregunta, por qué dicha ley solo comprendia la ciudad de Jerusalem, contestaremos que era porque solo en ella se ofrecian sacrificios al Señor, y de consiguiente solo á ella debia alcanzar la prohibicion que hemos mentado, toda vez que allí únicamente podian ser manchadas las cosas consagradas, puesto que solo en Jerusalem existian.

Despues de esta sucinta y motivada esplicacion, creemos que nuestros lectores no estrañarán ya el por qué las aves de corral, hallábanse escluidas del recinto de la santa ciudad.

¿De dónde procedia, pues, el canto del gallo, que vino á sorprender á Pedro despues de su primera negacion? En el monte Olivete habia varias alquerías; mas allá estaban

situadas Bethfage y Betania, que como sabemos, solo se hallaban á la escasa distancia de media legua de Jerusalem; además la santa ciudad estaba cercada de quintas y de poblaciones mas ó menos crecidas, á cuyas quintas y poblaciones no alcanzaba ya la prohibicion de que nos hemos hecho cargo. Por otra parte, dentro mismo de la ciudad, y adjunta á las mismas murallas del templo santo, levantábase orgullosa la fortaleza *Antonia*, donde estaban acuarteladas las fuerzas romanas, y sabido es lo poco que se fijaban los dominadores de Judá en lo tocante á las leyes internas de la nacion, y mucho menos en aquellos que se referian al culto mosáico; de consiguiente, nada tendria de estraño que alguno de los habitantes de la fortaleza *Antonia* riéndose de la ley hebrea, albergase dentro de los muros del castillo el gallo histórico, que irá siempre mencionado hasta la fin del mundo, cuando se recuerde la debilidad del Príncipe de los apóstoles.

Verdad es que no parece muy probable que en una fortaleza romana se albergaran algunas aves de corral, pero no está tampoco fuera de sentido esta suposicion, si se la funda en el desprecio que invulneraba á la religion y leyes de Judea. El dominador, si es de talento, hace sufrir en todas las circunstancias el peso de su dominacion á los que se hallan bajo su poder, para que hallen presente en todas las cosas, que ya no existen para ellos ni las leyes patrias; ni la amada independencian; y sí tan solo el despótico capricho de tirano.

Por otra parte, es cosa fácil que el canto del gallo á que nos referimos, procediese de la misma ciudad, toda vez que se lee en el Talmud, que habia en Jerusalem un gallo consagrado, cuyo estentóreo y ardiente canto, se dejaba oír de Jericó, que como creemos haber dicho, se hallaba á cosa

de seis leguas de la santa ciudad. El objeto á que se consagraba este gallo, no nos lo revela el indicado libro de los rabinos, pero se puede conjeturar que seria destinado á hacer las veces de reloj durante la noche, toda vez que en Jerusalem las horas de la noche se contaban por el canto del gallo.

Estas horas se dividian en cuatro partes, que tomaban el nombre de *vigilias*. Estas cuatro vigilias representaban las cuatro monarquías, que debian preceder á la venida del Cristo Salvador. La primera de dichas vigilias era la del crepúsculo vespertino, y tomaba nombre de él; la segunda la media noche, y era llamada la *hora de las lágrimas*, puesto que á dicha hora penetraron los soldados de Babilonia en Jerusalem, para destruir la ciudad santa, y llevarse cautivos á sus moradores; la tercera vigilia era la del canto del gallo, y recibia este nombre, y la cuarta la del crepúsculo matinal, siendo conocida bajo esta denominacion.

Dados estos antecedentes, parece que la suposicion que hemos aventurado acerca el gallo consagrado de que habla el Talmud, no deja de ser muy razonable, y que era fácil se conservara en Jerusalem para marcar la vigilia de la noche, que recibia el nombre de su canto. Y aun cuando parezca cosa muy aventurada y sujeta á oscilaciones bastante notables el regular las horas por el canto de una ave, esto sin embargo, no deja de ser una apreciacion inexacta por nuestra parte. Arundel y otros viajeros, hacen notar que los gallos en Oriente marcan las horas de la noche con tanta precision y exactitud por medio de sus cantos, como lo pudiera hacer el cronómetro mas exacto; citando particularmente la poblacion de Esmirna, en la cual dicen que los gallos cantan todos por primera vez entre las once y las doce de la noche, y por segunda vez entre la una y

las dos, con tal exactitud y precision, que los unos no adelantán ó atrasan un minuto siquiera respecto á los otros.

Esta particularidad tan notable, motiva la exactitud con que por medio del canto del gallo podian los hebreos marcar la tercera vigilia de la noche.

Pero volviendo de nuevo á Jerusalem y á la cuestion de si habia ó no dichas aves en su recinto, nos será fácil presumir con algun fundamento que debia haberlas, porque como los israelitas se daban á interpretar á su placer las leyes, y acomodarlas siempre á sus caprichos ó á sus ficicias necesidades, no está fuera de razon que supongamos que lo mismo debia acontecer en el asunto de que se trata. Mas para que no se diga que nuestra suposicion peca de muy aventurada, espondrémos un dato que se lee en los escritos de los rabinos, dato que viene á confirmar cuanto acabamos de suponer.

Hélo ahí: Un gallo arrojóse con tanta rabia contra un niño en Jerusalem, que á picotazos arrancó los ojos á la pobre criatura, y le causó tantas y tan profundas heridas, que el niño murió muy luego á consecuencia de las últimas. Sabido el caso por el Sanhedrin, tomó el acuerdo de hacer morir el ave á pedradas, y dictada la sentencia, ejecutóse acto seguido en las afueras de la poblacion, y en el lugar donde se solia apedrear á los que merecieran esta clase de muerte.

Esta es la noticia que hallamos en los rabinos, por la cual hemos deducido que la prescripcion legal de que se trata, no debia ser cumplida muy escrupulosamente en la ciudad santa, por los años en que corre la accion del presente libro, pero sea de ello lo que fuere, y ya el canto del gallo que sorprendió á Pedro viniera de las afueras de la ciudad, ya saliese del interior de la misma, lo cierto es

que el débil apóstol halló por primera vez confirmada la prediccion que Jesucristo le hiciera algunas horas antes, cuando el desdichado contradiciendo á su divino Maestro, protestaba que moriria cien veces antes que negarle.

Y sin embargo de sus bravatas, la voz de una esclava, de una mujerzuela, acababa de derribar aquella constancia tan fiera que pocas horas antes trataba de encarecer! ¡Misericordia y debilidad de los hombres!

Pedro quedó tan confuso y combatido por los remordimientos, despues de la negacion que acababa de pronunciar, y el canto del gallo trájole á la memoria tan vivamente sus promesas y el vaticinio de Jesucristo, que andaba de aquí para allá como esquife débil á merced de las olas embravecidas. Y en todas partes hallaba su remordimiento, y á todas partes le seguia la memoria de su pecado... Apartóse del patio donde la esclava le hiciera objeto de sus impertinencias; dirigióse á otras habitaciones de la planta baja del palacio, abiertas para los soldados; huia de todos, evitaba la presencia de los verdugos y sobre todo de la portera, y gozaba en ocultarse en los lugares mas sombríos, donde los débiles rayos de la luz apenas llegaban... pero su curiosidad le retenia aun en aquella mansion del crimen... Y la curiosidad le hiciera traicion, y por la curiosidad los males que para Pedro presintiera el tierno y virginal Evangelista, acababan de caer aterradores sobre la cabeza del Apóstol.

Este, pues, esperaba; mas ¿qué? Ni aun él mismo sabia esplicárselo. Esperaba saber lo que á Jesucristo acontecia, en qué paraba la causa del Maestro á quien á pesar de su negacion amaba tanto... Pero ¿á qué fin? Pedro no tenia ninguno; ¡solo deseaba saber! Triste deseo, que tantas lágrimas debia arrancar á sus ojos hasta la hora de su mar-

tirio glorioso, hasta la hora en que el anciano que tembló ante una esclava, no debia temblar ante los verdugos que le preparaban una muerte cruelísima y dilatada. La cárcel Marmertina debia decir á la posteridad, que no fue la falta de amor á Jesucristo lo que puso al Apóstol en el caso de negarle en el palacio de Caifás, sino que fue la debilidad humana, esa debilidad á la que se halla sujeto todo hombre nacido de mujer, segun el orden prefijado á la naturaleza.

En esto llegó el momento en que Eleazar y Alejandro salieron presurosos en busca de los testigos, de que Anás necesitaba para realizar su idea criminal, y la salida apresurada de los dos malvados sacerdotes, y el murmullo que se notaba en el piso superior, murmullo que bien á las claras daba á entender que el Sanhedrin habia levantado la sesion, todo esto fue motivo para que Pedro (que andaba acobardado por el patio exterior de la casa), penetrase de nuevo en el interior, á fin de informarse de lo que podia producir aquel acontecimiento inesperado.

El anciano apóstol temblaba al trasponer la puerta, y su corazon adicto á Jesucristo, aun á pesar de su falta, preguntábase:

— ¿Qué habrá sucedido al Señor?

Y hallándose preocupado con este pensamiento, salióle al paso una de las criadas, á quien la portera participara poco antes sus sospechas, y le dijo con no menos descoco y poca vergüenza que su compañera:

— Oye, tú: ¿qué vienes á hacer aquí, siendo como eres un discípulo del Nazareno?

Pedro retrocedió un paso con espanto, y procurando reunir todas sus fuerzas para dar á su respuesta una entonacion segura, dijo:

— Te equivocas; yo no soy lo que dices, y no comprendo

por qué causa os habeis empeñado las mujeres en ver en mí lo que no hay.

— ¡Buen peje eres tú! Á mí no me engañas tan fácilmente, y tu espanto y tu zozobra, revelan bien á las claras lo que procuras negar con la lengua; pero guarda, porque la mujer es mal enemigo.

— ¡Quita, mujer, quita!

Pedro penetró en el patio interior, dirigiéndose al grupo de soldados que estaban reunidos en torno del brasero, comentando lo que en el piso superior pasaba. Pedro mezclóse entre ellos, y escuchaba atento y aterrorizado las relaciones que los verdugos hacian de la causa de Jesús, y las amenazas que sobre todo dirigian los herodianos y fariseos al decidido y noble Nicodemus. Otro motivo tenia el apóstol para hallarse acobardado; este motivo era la negacion que acababa de repetir.

Y así, bajo la terrible influencia de tan encontrados sentimientos, escuchaba, produciendo á sus oidos un extraño zumbido los gritos de su conciencia, y las palabras de los verdugos, al ocuparse del estado de la causa y de los martirios de Jesús.

Los soldados habíanse renovado, y algunos de los que se hallaban en torno del brasero no habian oido la primera negacion de Pedro, y las razones con que pretendió justificarla; así es que cuando se hubo terminado el relato del estado de la causa del Salvador, distraida ya la atencion de uno de los presentes, fijó su mirada con curiosidad en Pedro, y creyó reconocer en él á uno de los discípulos del Cristo Dios.

En consecuencia de tal reconocimiento, dirigiéndose al desventurado apóstol, con acento amenazador dijo:

— Á fe mia que ese, — y señaló á Pedro, — estaba tam-

bien con *aquel*: — é indicó con el brazo estendido el piso principal.

El pobre apóstol, considerándose completamente perdido, cambió en un momento el color de su rostro, tornóse pálido, y un temblor, que en vano trataba de dominar, azotábale con la vehemencia con que la brisa de la tarde azota la hoja amarillenta que va á desprenderse del árbol.

Oyendo á su compañero los verdugos pusieron en Pedro las miradas amenazadoras, y le examinaron atentamente, como si pretendieran reconocerle.

Mientras tanto, el desdichado apóstol colocado ya en la fatal pendiente del pecado, la recorria con precipitacion vertiginosa. Su delito habíale quitado ya del todo las fuerzas de su alma, y en esta situacion ¿qué podia hacer sino rodar hasta hundirse en el abismo de la miseria humana?

Las miradas de los soldados que siguieron á la observacion del verdugo acerca de Pedro, pusieron el colmo del espanto en el débil apóstol, y suponiéndose ya muerto en un cruel martirio, si no daba á su nueva negacion un carácter de mayor verdad, dispúsose nuevamente á defender su vida, puesto que la creia amenazada inevitablemente. El anciano discípulo estaba ciego; de otro modo no hubiera hecho lo que se resolvió cobardemente á hacer.

— Sí, sí, — dijo el verdugo viendo el espanto del apóstol, y creyendo hallar corroborada con dicho espanto su asercion; — sin duda que tú eres uno de los del Nazareno.

— Yo no soy lo que dices, — respondió Pedro con bastante resolucion, pues la desesperacion y el pecado se la prestaban.

— Es inútil que lo niegues, porque á nosotros no nos has de engañar.

— Sí, á nosotros no nos engañarás; — dijo otro con en-

tonacion amenazadora, — á nosotros que estamos resueltos á hacer contigo y con todos tus compañeros lo que con tu Maestro hacemos. Es preciso quitar de la tierra la mala semilla.

— ¿Qué quereis que os diga para probaros que vais equivocados? Me habeis tomado por otro, y os juro por el santo nombre de Dios, que no conozco siquiera al Hombre á quien os referís.

De nuevo la palabra despreciativa, con que los enemigos de Cristo conocian al Salvador, apareció en los labios del apóstol, y vino á confirmar su mentida aseveracion con un juramento!...

Pedro no temblaba en aquella circunstancia, pero sus enormes pecados abrasaban su alma con un fuego devorador. ¡Oh! ¡cuánto sufría el débil apóstol durante aquellos momentos desventurados! ¡Poner á Dios por testigo de que no conocia á quien confesara por Hijo único del Eterno, y acompañar su falso juramento con una frase despreciativa dirigida contra su Maestro celestial!

El pobre pecador hallábase aturdido, y las facultades de su alma estaban, por decirlo así, entumecidas por la enormidad de su pecado.

Esto, empero, no convenció del todo á los verdugos, que seguian mirándole con amenazadores ojos, bien así como si quisieran sondear todo su corazón, para ver si en él hallaban un mentís dado á sus juramentos.

Pedro estaba al parecer bastante sereno, cuando el mismo verdugo siguió diciéndole:

— Pero ¿por qué te empeñas en negar lo que tu misma habla nos descubre? ¿Acaso no eres galileo?

— Pero dime, hombre, ¿todos los galileos son discípulos del acusado?

Esta contestacion fue salvadora para el apóstol, puesto que el verdugo no supo qué objetarla.

— Sin embargo, tú eres discípulo del Nazareno, — dijo por fin bastante mohino, pues no pudo hallar observacion que hacer á la respuesta anterior.

— Los judíos no ponen nunca á Dios por testigo sino de lo que es verdad, y poco ha me has visto hacer lo que acabo de indicarte, y cien mil veces lo haré, si otras tantas son necesarias para vindicarme de la terrible acusacion que te has empeñado en dirigirme. Yo no conozco al Nazareno.

Al terminar, el acento de Pedro era tan firme, que nadie se atrevió á poner en duda ya lo que aseguraba. El demonio que le tendiera el lazo de la curiosidad, dábale energía y fuerzas para enredarle mas fuertemente en la red del pecado. Solo á obra de Satanás podia atribuirse la fuerza y la energía con que Pedro contestara al verdugo, hasta el extremo de reducirle al silencio.

Por fin los soldados abandonaron á Pedro, y este, presa del remordimiento, de la confusion, del temor, y de un *no sé qué* inesplicable para él; *no sé qué* que era la pavorosa grandeza de su pecado, empezó á vagar por los bajos de palacio, como si fuera la imágen encarnada de la zozobra, como si fuera el espíritu de Cain, perseguido por la enormidad de su fratricidio.

¡Oh! ¡qué horas tan amargas se deslizaron entonces sobre la existencia del débil apóstol!